

Los médicos se negaron a darle el alta. Por algún motivo Marcel·lí seguía intranquilo. Volvía a dolerle insoportablemente la cabeza y las cifras de tensión se dispararon. Pasó una semana difícil, de exámenes, de revisiones y de recibir una explicación diferente para cada síntoma, cada día.

—Lo que siento es como si unas pelotas de golf me saltaran en el estómago —intentaba explicarle al médico que lo escuchaba desconcertado.

—¿Como acidez?

—No. ¡Acidez, es acidez! Le digo que es como si unas pe...

—¡Como si unas pelotas de golf le saltaran en el estómago! —le interrumpió el médico y sentándose a su lado, añadió—: El problema sargento, es que ese síntoma no existe.

—¿Insinúa que estoy loco?

—No. Insinúo que no sabe explicar lo que siente.

—¡Eso es lo que siento! —gritó Marcel·lí.

Uno de los monitores comenzó a pitar y enseguida la habitación se llenó de batas blancas, verdes, azules y él, se durmió.

Soñó con Marta. En su sueño paseaban juntos por un campo de golf y cada vez que él estiraba la mano para tocarla, ella le lanzaba una pelota de golf que le pegaba en el estómago. Soñó con ella cada día toda la semana y siempre que despertaba, volvía aquel dolor.

—¡Creo que lo que siento es miedo doctor! —le dijo el viernes al psiquiatra.

—Eso tiene más sentido, sargento —sentenció el médico y al despedirse, le anunció—: Mañana le damos el alta.

XIII

El domingo desperté aturdido por la resaca. Me dolía la cabeza y el estómago. Ducharme no sirvió de nada y beberme los casi

dos litros de agua que me pidió el cuerpo, me obligó a vomitar. Agustín me llamó por teléfono.

—¿Tienes planes colega? ¿Quedamos para comer?

Supuse que era una estrategia de grupo y lo rechacé.

—Gracias tío. Ya he quedado.

No insistió. Tampoco preguntó con quién, tal vez supuso que no era cierto.

—Tengo que salir de esta casa o me volveré loco —le dije a mi imagen en el espejo del cuarto de baño.

Eran apenas las dos. Me sorprendió que La Taverna dels Predicadors estuviera abierta. Aquel resquicio de vida del callejón, habitualmente abría cerca de las cinco de la tarde. Los bancos de la calle estaban vacíos. Había dos chicos fumando frente a la puerta y sobre el barril de madera de la entrada, descansaban sus cervezas.

Les saludé y entré en el local. Su aspecto de día era diferente: igual de estrecho, igual de cálido, con las mismas paredes rojas, con las cinco hileras de estanterías detrás de la barra, exhibiendo el mismo infinito número de botellas de cerveza artesanal, las mismas lámparas colgando del techo sobre la barra, los tiradores de cerveza... Todo igual pero diferente: vacío. Las mesas estaban amontonadas detrás de la puerta, con las banquetas redondas y también las cuadradas, apiladas unas sobre otras. Los tiradores sudaban inertes, con sus bocas cerradas esperando la hora en que comenzarían a escupir cerveza. Detrás de la barra, una mujer, iba y venía disponiendo en hileras unos pequeños moldes plateados, rectangulares, de los que se usan para envasar comida para llevar.

—Buenas tardes —me saludó.

Aparentaba unos cuarenta años, quizás cuarenta y cinco. Su cara mostraba una seriedad amable.

—Buenas tardes —respondí acercándome a la barra. Me senté y le comenté—: Creía que La Taverna abría a las cinco.

—Estamos cerrados, pero estoy preparando comida para llevar —dijo mostrándome los moldes y añadió guiñando un ojo

con complicidad—, pero prefiero estar acompañada, así que si viene alguien, le atiendo.

—Tengo una amiga que sabe guiñar los dos ojos —dije sin pensar y enseguida me sentí ridículo.

—¿Así? —intentó hacerlo y su rostro se transformó en una mueca ridícula, a la vez que simpática.

—Más o menos —le dije riendo, poco convencido.

—¿Te sirvo algo? ¿Quieres una cerveza?

—No, creo que ayer bebí demasiadas.

—¿Con tu amiga?

—¿Perdón?

—¿Bebiste muchas cervezas con tu amiga? Esa que sabe guiñar los dos ojos —repitió. Luego, sin esperar mi respuesta se giró para señalar las botellas en las estanterías y añadió—: te aseguro que no son tan buenas como estas.

—Lo sé, vengo a menudo, vivo aquí en frente.

—¿Quieres un agua?

—Mejor un agua.

Me sirvió el agua y siguió con lo que estaba haciendo. Se movía con rapidez, pero con gracia. Parecía ajena a lo que la rodeaba y a la vez pendiente de todo. Me recordó a Mariza, a la complicidad que tuvimos desde el día en que la conocí. Aquel día...

Entré en la sala de espera del Centro de Atención Psicológica y Psiquiátrica y me sorprendió que la secretaria no estuviera tras su mesa. La mesa rústica de madera que desentonaba con el resto del mobiliario estaba vacía y las puertas de las consultas, cerradas. En uno de los sillones esperaba una chicha hojeando una revista. Me le acerqué y le pregunté sin saludarla:

—¿No hay nadie?

Levantó la cabeza y me miró sin decir nada. Por un instante sentí el reproche de sus ojos inquietos y vidriosos, en los que reconocí el rubor irritante de la marihuana.

—Buenos días. ¿No hay nadie? —repetí.

—¡Yo soy alguien!

—Ya, pero ¿hay alguien más?

—¿A quién buscas?

—A mi psicóloga.

—¿Tú también estás loco?

—Y tú, ¿estás loca?

Respondió con una agradable carcajada, que mi psicóloga interrumpió, asomando la cabeza por una de las puertas.

—¡Silencio, por favor, estamos trabajando!

Me sorprendió el tono áspero y me molestó que al verme recuperara su voz condescendiente.

—Buenos días, Gilbert, enseguida estoy contigo. —Y cerró la puerta.

La chicaladeó graciosamente la cabeza hacia la derecha, guiñó el ojo izquierdo y luego el derecho y después los dos, luego me susurró:

—Hola, Gilbert.

—Hola, ¿cómo lo haces? —le dije riendo.

—¿Cómo hago qué?

—Ese gesto con la cabeza y con...

—Es mi mueca preferida. Significa: «tranquilo, no hay de qué preocuparse, saldremos adelante». La inventó mi madre.

Repitió la mueca y pareció complacida cuando intenté imitarla sin éxito, sonrió y preguntó:

—Y tú, ¿por qué hablas así?

—Tuve un accidente y me quedé algo tarado.

Me sorprendió la naturalidad de la respuesta. Era la primera vez que no me irritaba cuando me preguntaban por el motivo de mi voz nasal.

—¿Es por eso que vienes al psicólogo?

—Más o menos.

—¡Qué suerte! —dijo con resignación.

Supuse que tenía razón. Era una suerte haber perdido la voz, mientras mis hermanos perdieron la vida, pero no me apetecía explicarle la verdad a una desconocida, con quien, no obstante, me sentí a gusto.

—Y tú, ¿por qué vienes al psicólogo?

—Yo vengo al psiquiatra. Estoy traumatizada desde que me violaron.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho de la derecha y una enfermera la llamó por su nombre:

—Mariza, puedes pasar, el Dr. Ginés te espera.

La seguí con la mirada cuando se levantó con absoluta despreocupación. Me miró. Repitió aquel gesto y fue hacia la puerta, agitando en el aire un pequeño bolso verde con forma de manzana que tenía incrustadas innumerables lentejuelas, y cuyo reflejo inquieto, bailó por las paredes imitando las luces de una discoteca.

—Esto es para ti —me dijo la mujer de la barra, interrumpiendo mis recuerdos.

—Gracias. ¿Qué es?

—Una ensalada de pollo PG.

—¿Qué es el pollo PG?

—No es el pollo, es el nombre de la ensalada —dijo riendo. En ese momento entraron tres personas: una pidió una cerveza, otra un café y la tercera esperó sin decir nada a que le entregara una bolsa con los moldes en que había envasado la comida.

Cuando me acerqué a pagar solo me cobró el agua.

—¿Y esto? —pregunté mostrándole la ensalada.

—Cortesía de la casa. Si te gusta, que sepas que también las tenemos de cerdo y de verduras.

—Gracias. —Y salí del bar.

14

Por fin recibió el alta y cuando las inmensas puertas transparentes del hospital, se separaron para dejarlo pasar, Marcel·lí miró a su ex esposa y le dijo con entusiasmo:

—¡Joder!, es domingo y hace un día precioso, tendría que estar en la playa.